

Históricas Digital

Patrick Johansson K.

“El humanismo indigenista de Miguel León-Portilla”

p. 89-94

Vivir la historia

Homenaje a Miguel León-Portilla

Salvador Reyes Equiguas (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2008

166 p.

ISBN 978-970-32-5504-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/493/vivir-historia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL HUMANISMO INDIGENISTA DE MIGUEL LEÓN-PORTILLA

PATRICK JOHANSSON K.

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

La obra indigenista de Miguel León-Portilla tiene dos vertientes principales. Por un lado rescata el pasado prehispánico de México, lo analiza, lo revaloriza y lo pone al alcance de un vasto público. Por otro, ayuda a preservar las culturas indígenas contemporáneas y, mediante una militancia cultural en foros nacionales e internacionales, lucha para que los derechos de los pueblos originarios sean respetados. En ambas vertientes, dicha obra está impregnada de un profundo humanismo.

Para ilustrar lo anterior escogí, entre las múltiples vetas de la obra indigenista de Miguel León-Portilla, tres aspectos que me parecen esenciales:

El rescate de las culturas prehispánicas.

La lucha incesante de Miguel León-Portilla por los derechos y la dignidad de los pueblos indígenas.

La prevención de una debacle cultural debida a una globalización que afectaría ante todo a las culturas indígenas.

*El indigenismo prehispánico de Miguel León-Portilla:
un humanismo “renacentista”*

Entre las distintas acepciones del término “humanismo” figura como una de las primeras, cronológicamente, la que se manifestó en Europa en los siglos XV y XVI y que vio el renacimiento y la reactualización de valores y paradigmas culturales grecolatinos que reconciliaban asimismo la cultura moderna y la cultura antigua. Petrarca, Guillaume Budé, Leonardo da Vinci, Nicolás de Cusa, Ficino, Maquiavelo, Tomás Moro, Erasmo y otros se empeñaron en engrandecer al hombre y en realzar la fuerza de su espíritu.

Entre los humanistas del siglo XVI directamente vinculados con la cultura náhuatl figura sin duda alguna fray Bernardino de Sahagún. Encargado por la Audiencia de México de elaborar una *Summa* de usos y costumbres indígenas que pudiera instruir a los frailes evangelizadores sobre distintos aspectos de la cultura de sus catecúmenos, el ilustre franciscano trascendió los estrechos límites de la tarea “diagnóstica” que le había sido encomendada para dar a conocer una cultura pagana comparable, en muchos aspectos, con la civilización grecolatina, también pagana, que se tomaba entonces como modelo cultural.

El descubrimiento, la edición, la impresión y la traducción de los textos antiguos fueron las tareas que se impuso el humanista del Renacimiento, a la vez historiador, jurista, filólogo, filósofo, teólogo, crítico de arte. Es toda la cultura antigua la que se rescató para darla a conocer pero también para que sus enseñanzas se pudieran aplicar al momento.

A la imagen de los humanistas europeos del siglo XVI y de fray Bernardino de Sahagún, emulando a su maestro Ángel María Garibay, Miguel León-Portilla revive, después de 400 años de lo que podría considerarse como un periodo de obscurantismo, una cultura indígena que había sido olvidada, despreciada, ignorada.

La publicación, en 1956, hace 50 años, de *La filosofía náhuatl* marcó el inicio de un renacimiento de los valores indígenas que ha tenido ecos y se ha prolongado hasta nuestros días. Esta obra, ampliamente conocida, es probablemente el ejemplo más destacado del humanismo de Miguel León-Portilla en lo tocante al periodo prehispánico. Con base en textos de la oralidad náhuatl transcritos en el siglo XVI, y a partir de la imagen de los códices, el autor explora diferentes aspectos del pensamiento indígena: la religión, la cosmología, la educación, la poesía y la filosofía. La lengua náhuatl en la cual se expresa el pensamiento indígena prehispánico constituye la piedra angular de la investigación de Miguel León-Portilla.

Apoyándose sobre micro y macrocontextos históricos o religiosos, Miguel León-Portilla surca los campos semánticos de la lengua y sus distintas modalidades expresivas en busca de un sentido. Más allá de los núcleos léxicos, considera las connotaciones más ínfimas que gravitan en torno a las palabras.

En un mundo en el que existe una gran permeabilidad entre lo sensible somático y lo inteligible psíquico, en el que el sentir y el comprender se funden en una sola noción, el tejido verbal está hecho con las fibras mismas del ser.

Vinieron después muchas obras que revelaron los aspectos más variados de la cultura náhuatl: *Toltecáyotl*, *Ritos*, *sacerdotes y atavíos de los dioses*, *Literaturas indígenas de México*, por citar tan sólo algunas.

Siguiendo a Michelet, Miguel León-Portilla concibe la historia como una “resurrección integral” del pasado y, como el historiador francés, vive y hace revivir para sus lectores los momentos pretéritos de México. Su obra no es una lenta y fragmentaria recomposición del pasado sino una visión amplia y totalizadora que propicia un renacimiento de valores culturales:

Como sementera de flores que una vez más abren sus corolas, la Mesoamérica contemporánea, es decir, lo que perdura del México indígena, vuelve a ser escenario en el que forjadores de cantos, de rostro y corazón conocidos, elevan ahora su voz.¹

La obra de Miguel León-Portilla: una cruzada para la recuperación de la “dignidad” de los pueblos indígenas

La dignidad es una noción tan evidente, tan incuestionable, que el epíteto “humano” en la expresión dignidad humana parece tautológico o pleonástico. La dignidad es un atributo esencial del ser humano. Nadie lo discute. Sin embargo la historia, y más específicamente la historia contemporánea, ha mostrado que se tiene que luchar incesantemente para que este *logos* sea una *praxis*, y para que no se establezcan niveles jerárquicos dentro de este concepto y que haya gente más o menos digna según su lugar de origen, su nivel económico, la lengua que hablan y las costumbres que conservan, entre otras limitantes.

Puede entenderse que una bula papal fuera necesaria para que se asumiera la humanidad del indígena caribeño en 1492, ya que lo que después fue América era entonces un mundo desconocido y que atavismos medievales podían hacer dudar de la humanidad de seres parecidos al hombre. Pero hoy no sólo ideas retrógradas de otra índole obstaculizan el reconocimiento pleno del indígena y de su cultura, sino también los espejismos futuristas, así como el llamado “progreso”, hacen que no se les confiera sinceramente la dignidad a los pueblos que quieren vivir según usos y costumbres heredados y plenamente asumidos.

¹ León-Portilla, *Literaturas indígenas de México*, p. 317.

Aunque parezca insólito, los pueblos indígenas tienen que demostrar que son dignos de consideración, dignos de regirse según sus leyes milenarias, dignos de ocupar un lugar prominente en la nación de la que son una parte constitutiva.

La obra indigenista de Miguel León-Portilla representa, en este contexto, una verdadera cruzada intelectual y mediática para que los indígenas recuperen un pasado prehispánico dignificado y puedan tomar las riendas de su propio destino. En esta ofensiva cultural las armas que se utilizan son los libros, los artículos de fondo o de difusión, los artículos en periódicos más incisivos quizá porque más coyunturales. Asimismo, los proyectos de investigación sobre distintos aspectos de las culturas indígenas, la traducción de documentos antiguos, la organización de eventos, la creación de organismos y de espacios de expresión para la voz nativa de México y la aparición del propio Miguel León-Portilla en foros nacionales e internacionales, donde aboga por la causa indígena.

Lo que buscan los indígenas es la recuperación y reconocimiento en el ámbito de lo jurídico, de su personalidad como pueblos con culturas y lenguas diferentes y con los derechos y atributos que de ello se siguen, imprescriptibles e irrenunciables. No es ésta una cuestión de palabras. Recuperar todo ello les dará base firme para hacerse dueños de su propio destino. Hará que su prolongada e inicua exclusión de la vida y asimismo del destino nacionales termine para siempre. Recuperarán, en suma, el derecho de que su palabra, sus demandas y propuestas, sean escuchadas en un México que no podrá ya concebirse sin la presencia y actuación de los pueblos originarios.²

Indigenismo y globalización

Las culturas indígenas, como lo expresa Miguel León-Portilla en distintas partes de su obra, son culturas profundamente arraigadas en un espacio y estrechamente vinculadas con una tradición milenaria. Reflejan una manera de pensar y de ser, cuya originalidad podría alimentar la reflexión sobre la existencia del hombre y más generalmente sobre temas con alcance ontológico.

La tendencia a la globalización, que se manifiesta en el mundo, afectó también a las distintas culturas mexicanas, sometidas a las embestidas del neoliberalismo y de una sociedad de consumo en la

² *Obras de Miguel León-Portilla*, tomo I, p. 20.

que los medios se volvieron fines. Este *modus vivendi* arrasa con todas las particularidades culturales de los pueblos, uniformiza, homogeniza, lima las asperezas que representan, en este contexto, la singularidad de cada cultura y el pluralismo fecundo que conforma su integración en una nación, para definir un espacio llano, en el que prevalece un afán de lucro que empobrece a la humanidad.

En distintos foros así como en varios escritos, Miguel León-Portilla ha denunciado esta tendencia nefasta de la civilización moderna:

Nunca como en los últimos años se han dejado sentir en el mundo fuerzas que parecen incontenibles y que tienden a difundir e imponer, de forma global, valores, costumbres, sistemas económicos, formas de comunicación, tecnologías y concepciones del mundo en las que se privilegia la capacidad de enriquecimiento, el consumismo y el disfrute desmedido de cuanto da placer. De incontables maneras, como en un incesante bombardeo, las fuerzas que llevan a englobar en este proceso a individuos, grupos sociales, pueblos, estados y naciones enteras, se presentan como algo imposible de frenar. El proceso o procesos de globalización, hay que repetirlo, son puestos en marcha por los países o el país más poderoso de la Tierra, en el que las corporaciones transnacionales tienen su sede principal y disponen de medios de comunicación masiva a escala mundial.³

De hecho la palabra civilización resulta algo ambigua. Por un lado denota un progreso tecnológico y un supuesto avance sobre un eje temporal que apunta hacia el futuro. Se opone en este contexto al “rezago” de grupos humanos “estancados” y, en última instancia, a una supuesta barbarie.

Existe, sin embargo, otra definición de “civilización”, la que emana de la obra de Miguel León-Portilla: un conjunto de rasgos socioculturales específicos de distintos grupos humanos, y consecuentemente un conjunto coherente de sociedades y de culturas. Es, en esta perspectiva, la posibilidad de integrar una pluralidad cultural en una totalidad armoniosa lo que debe caracterizar una civilización auténtica.

El gran reto del siglo XX será el reconocimiento de que es posible y viable la existencia de estados con poblaciones de lenguas y tradiciones culturales diferentes. El reconocimiento jurídico sólo será realidad si está acompañado de acciones como el reconocimiento de tierras,

³ *Ibidem*, p. 296.



asignación de recursos para el desarrollo económico, desde la apertura de comunicaciones, servicios médicos, asistencia técnica para el aprovechamiento de recursos, etcétera, etcétera. También exige el respeto y el fomento de las lenguas indígenas, que incluye la enseñanza gramatical de las mismas, su literatura, la propia visión del mundo, valores ancestrales, así como el acceso a cuanto ofrecen las investigaciones sobre el correspondiente legado cultural.⁴

Hoy como ayer, Miguel León-Portilla lucha para que se lleve a cabo este reconocimiento, para que el humanismo cultural se imponga a los determinismos implacables de un neoliberalismo devastador, para que las culturas mexicanas no se vean fulminadas por los espejismos económicos “dizque” progresistas del futuro.

El indigenismo de Miguel León-Portilla es un indigenismo militante, activo: considera ante todo al hombre nativo de México provisto de los atributos culturales de su razón de ser, desde los tiempos precolombinos hasta nuestros días. Pugna para que la dignidad deje de ser un concepto vago, abstracto e ideológicamente manipulable y se concrete en derechos constitucionales; para que la piedad y la conmiseración condescendientes que despierta, en el mejor de los casos, la condición de los indígenas, se conviertan en un reconocimiento que enaltece.

⁴ *Ibidem*, p. 203.